

Ecología

La crisis ambiental ya es una antigüedad

En esta entrevista, el experto mexicano Enrique Leff sostiene que la situación del medio ambiente cambió los ejes de reflexión, comprensión y percepción de la vida para todos.



El economista, sociólogo y filósofo mexicano Enrique Leff, especialista en ambientalismo, pasó por Buenos Aires y presentó su libro *El fuego de la vida: Heidegger ante la cuestión ambiental*, publicado por Siglo XXI Editores.

Leff escribió **35 libros y más de 200 artículos** sobre ecología política, sociología ambiental, economía ambiental, epistemología y educación ambiental. Estuvo además en la Central de Trabajadores y Trabajadoras de la Argentina Autónoma donde dio una charla sobre

los efectos de la crisis ambiental y la resistencia de las comunidades organizadas.

–¿De qué manera puede definirse y describirse la crisis ambiental actual?

–La crisis ambiental irrumpe en el mundo hacia los años 60, 70 del siglo pasado como un acontecimiento histórico inédito e inesperado. La crisis ambiental vino a movernos el piso; a cambiarnos los ejes de reflexión y de comprensión, las perspectivas y los horizontes de nuestro lugar como humanidad en el mundo y los destinos de la vida en el planeta. La crisis ambiental ha sido un proceso permanente y creciente, de capitalización de la vida, que conduce a indagar profundamente sus causas y la manera cómo ese régimen ontológico ha afectado la vida. Nos hemos vuelto sujetos de la historia; no sujetos como autores autónomos de la historia, esos con los que la filosofía transcendental quiso ilusionarnos; sujetos cartesianos capaces de controlar el mundo a través del Iluminismo de la Razón. Somos sujetos sujetados, dominados, enceguecidos por este mundo racionalizado.

–¿Desde cuándo empieza a hablarse de crisis ambiental?

–La crisis ambiental irrumpe en este mundo de manera global hacia los años 60, 70, marcadamente como un evento histórico, luego de la Conferencia de Estocolmo sobre Medio Ambiente Humano de 1972. Aunque ya venía fraguando una reflexión crítica sobre la crisis ambiental y la crisis de la razón desde la publicación de La primavera silenciosa de Rachel Carlson, o los textos de Murray Bookchin desde 1962, y podemos considerar que La pregunta por la tecnología que

planteaba Heidegger entre 1950 y 1955 era ya un antecedente que llevaba en ciernes una reflexión sobre la crisis ambiental al plantear la destrucción del planeta provocada por el orden ontológico de la técnica. La instauración del Día Internacional de la Tierra el 22 de abril de 1970 y la publicación del libro *Los límites de crecimiento*, descubrieron y difundieron al mundo una cuestión totalmente inesperada e ignorada por toda la humanidad: una crisis ambiental que venía a cuestionar el dominio de la racionalidad tecnoeconómica sobre el mundo y del sentido mismo de la vida.

–¿Cuál era ese sentido de la vida?

–Los sentidos de la vida, pensados como la evolución creativa de la vida y los significados configurados dentro de las cosmovisiones y los imaginarios de los Pueblos de la Tierra, fueron trastocados por la instauración del logos humano a través de la historia de la metafísica que fue estructurando y destinando la vida en el planeta dentro de la racionalidad de la modernidad. Eso ocurrió en el imaginario y la ideología de un progreso ilimitado de las fuerzas productivas del capital, donde para satisfacer las necesidades humanas, para emanciparnos del dominio del reino de la necesidad, había que crecer llevados por la potencia tecnológica y la inercia de la acumulación del capital. En ese afán de crecimiento y de desarrollo, en el Iluminismo de la Razón, se fue invisibilizando la degradación de la vida, porque ahí lo que progresaba era una voluntad de poder y de dominio sobre la vida. La crisis ambiental vino a cambiar los ejes del sentido de la vida, vino a cambiar la comprensión de la dialéctica de la historia que se desplegaba en la ignorancia de las condiciones de la vida. Las luchas del proletariado y las reivindicaciones salariales ante la explotación de

la fuerza de trabajo, las luchas por las ocho horas de trabajo y el salario mínimo, fueron manifestaciones de la defensa de la vida humana y de resistencia a esa condición ontológica del capital que buscaba y que sigue buscando desde sus orígenes la maximización de la ganancia a costa de la vida. Ante el imperativo de la ganancia económica, el trabajador resistía defendiendo sus derechos ante las condiciones impuestas por el capital para la reproducción de su fuerza de trabajo. Estos procesos de sobreexplotación de la naturaleza y degradación ambiental de la biósfera se han venido complejizando en la medida en que el proceso económico ya no solamente se mantiene en las fábricas, en la industria, sino que se ha extendido a todo el planeta, alterando el metabolismo de la biósfera. Vemos cómo el proceso de explotación del trabajador, que estaba en el núcleo de la producción de plusvalía y de ganancia, se expresa en la crisis ambiental del planeta.

–Hoy se habla de ecomarxismo.

–Sí, dentro del ecomarxismo se habla de una segunda contradicción que es la sobreexplotación y la expropiación de la naturaleza, de la acumulación por desposesión de los pueblos que ha llegado a penetrar hasta el corazón del planeta para extraerle el último suspiro a la tierra. Este proceso de sobreexplotación de la vida sigue su curso en el orden económico mundial con la anuencia de los gobiernos. Hay un automatismo de reproducción ampliada del capital que va dictando las normas y las condiciones del dominio de este régimen ontológico político que son las que empujan en esas circunstancias a los jefes de gobierno –se llamen Trump, Macri o Bolsonaro–, y hasta los autodenominados gobiernos progresistas, a transformarse en los

voceros, actores y tomadores de decisiones de las condiciones de la acumulación y concentración del capital que sobrevive acentuando la degradación de la vida en el planeta.

–¿Qué función cumple esta resistencia ante las afectaciones de la salud humana por el extractivismo y el uso de biocidas en la agricultura transgénica?

–La función de la resistencia es la de llevarnos a pensar cómo nos afectan las condiciones del capital. Los actuales sistemas de salud se han instituido dentro de un paradigma y un rol curativo y no preventivo. La medicina ha quedado fragmentada: los médicos se ven desprovistos de paradigmas y protocolos de investigación para poder atender la integralidad del cuerpo humano, quedando la gente sujeta a una especie de fatalismo, al desconocimiento de la complejidad ambiental que afecta a la complejidad del organismo humano. Así, una vez afectados por las condiciones del ambiente, quedamos sujetos a la suerte de haber contraído un cáncer tratable a través de un protocolo de atención por radioterapias, quimioterapias o de una medicina alternativa que lo cure; o si es afectado por un cáncer que está en proceso de investigación experimental, el paciente se somete a una especie de lotería en la que se juega la suerte de ser aceptado en un tratamiento para pacientes selectos; y sino tienes suerte, chau, desapareciste sin saber cuándo te tocó ser víctima de la fatalidad de la vida.

–El cambio climático tampoco es una fatalidad de la vida...

–Los veranos y los inviernos son los mismos ni en la Argentina ni en México; ni el en el Norte ni en el Sur. El derretimiento de los glaciares

en el planeta es un signo muy elocuente y no hay una ciencia meteorológica exacta que pueda predecir en qué niveles de emisiones de gases de efecto invernadero y de elevación de las temperaturas medias del planeta se van a desatar eventos catastróficos imprevisibles. Sabemos que va progresando el cambio climático, porque hay registro de ello; sabemos que ya sobrepasamos las 400 partes por millón, que vamos en unas 420 ppm de emisiones de gases de efecto invernadero en la atmósfera. Sabemos que efectivamente el régimen del capital está alterando de manera más que significativa el comportamiento de la biósfera y también sabemos, porque lo vivimos, cómo está afectando directamente nuestra condición existencial de vida. Ante esta comprensión de la cuestión ambiental, debemos recuperar el principio de la vida que hace 2500 años denominara Heráclito como *Physis*, como la condición y la capacidad de la propia naturaleza de autoorganizarse generando la diversidad de las formas de la vida, como la potencia creadora y productiva de la vida.